

XII

La última etapa.

Teresa, al salir de casa del señor Quillet, estaba en el estado de abatimiento en que se encuentra el hombre que ve arrancarse la última rama á que podía agarrarse, y que la lucha es imposible, que en adelante está desarmado y que no le queda más remedio que dejarse arrastrar por la corriente y morir.

La copa era demasiado amarga.

Teresa le rechazaba.

Se encerró en su guardilla, dejó caer sus ropas al suelo, se acostó y destrozada cayó en un profundo sueño. ¿No la había concedido el señor Quillet veinticuatro horas de plazo?

Durante veinticuatro horas podía estar libre y tranquila allí.

Era más tiempo que el que necesitaba para ejecutar el proyecto que súbitamente había germinado en su imaginación.

Cuando despertó era ya bastante entrado el día.

Teresa suspiró.

Era un hermoso día de agosto, caluroso y despejado.

En los campos, bajo los grandes árboles, debía estarse muy bien.

Teresa se acordó de su cuarto de la Boca del Lobo, con sus dos ventanas que daban, la una sobre los pocos olmos del patio y la otra al campo cubierto de maduras mieses.

Crejó ver á Pedro, acompañado por Magdalena, conduciendo sus reses al prado, á su anciana madre asegurandose de que todo estaba en orden en la casa, y se dijo que hubiera querido abrazarles por última vez, y sobre todo, volver á ver á su hijo, á su Rolando.

Pero esto era imposible.

No le quedaban más que algunos céntimos, ¿y cómo franquear la distancia que le separaba de aquel hijo, causa de sus penas, y á quien, sin embargo, amababa con tanta pasión?

Además, ¿qué hubiera dicho á la nodriza, á quien debía una cantidad que no podía pagar?

¿Cómo excusarse y confesar su miseria?

Sin embargo, en medio de su desesperación, experimentaba una triste satisfacción al pensar en la venganza que quería ella ofrecerse en su último momento.

Esta venganza era la de un alma dulce, una venganza bien ligera y que no atenuaría el mal que iba á hacerse.

Se sentó á su mesita y escribió las cartas siguientes:

«Mi buena madre:

»Te pido perdón por el acto irreparable que voy á cometer.

»La vida me es insoportable.

»Al venir á París, esperaba, con la ayuda de mi trabajo, ganar suficiente para subsistir con el hijo cuyo nacimiento quería ocultarte, á fin de evitarte una gran pena. No puedo.

»He ensayado. Otras tienen, sin duda más suerte. La desgracia me abrumba.

• »No tengo fuerza para soportarla más tiempo. Con el corazón desgarrado te escribo estas líneas.

»Jamás he ambicionado la fortuna.

»Mis deseos eran modestos.

»No quería más que lo necesario; pan para mí, un poco de dinero para pagar la nodriza de mi hijo.

»Le he puesto Rolando, el nombre de su padre.

»Está en casa de una buena mujer de Fontaine, á poca distancia de Rambouillet, cerca del castillo de su abuela, la señora de Corbiere.

»La nodriza es la señora Lapierre.

»Querida madre, os recomiendo á tí y á mis hermanos esa pobre criatura, que no abandonaréis por necesitados que estéis.

»¡Querédle como yo os he querido á todos siempre, tiernamente!

»El no tiene la culpa de mis debilidades y de mis faltas.

»Di á Pedro y Magdalena que he pensado en ellos con frecuencia.

»Dirás al cazador de topos que tiene un sitio en mi corazón como lo tiene en nuestra familia.

»Sí, os quiero mucho á todos, á Pedro, á Marcelo y á Guillermo y mi pobre Juan; á todos, en fin. ¡Bien lo sabéis!

»No os volveré á ver, pero sé que no me olvidaréis.

»Si encuentran mi cadáver, procurad que me transporten á nuestro cementerio de la Ferté,

»¡Querida madre, es preciso que te lo confiese!

»Tengo miedo de que me echen en la fosa común de algún cementerio de París.

»Allí al menos, á la sombra de los grandes cipreses, bajo las paredes de nuestra iglesia, iréis de cuando en cuando á rogar por mi alma, á pensar en mí, y las flores de los prados crecerán alrededor de mi tumba, guardada por una cruz de boj.

»Sé que lo haréis si es posible.

»¿Pero podréis?

»¡Sin duda que no, porque somos tan pobres!...

»¡Adiós, querida madre; adiós todos!

»Lo que voy á hacer está mal hecho, pero ya no tengo fuerza para humillarme y para sufrir.

»Os abraza por última vez con todo su corazón vuestra

»TERESA.»

Terminada esta carta, comenzó otra.

En sus hermosas facciones brillaba un rayo de malicia.

«Señora:

»Yo vivía pobre, y sin embargo feliz en mi humilde condición.

»No tenía ambición ni deseos.

»Me bastaba el cariño de los míos.

»Un día, un joven elegante, noble de corazón y de origen vino á mí.

»Me hizo proposiciones que tuve la debilidad de escuchar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

9 de Mayo, 1925 MONTERREY, MEXICO

»Me hizo proposiciones que tal vez no tenía intención de cumplir.

»Hicé mal en creerle.

»Además, puedo confesároslo, porque no me avergüenzo de mi amor, me sentía inclinada hacia él por una fuerza irresistible.

»Cedí á sus súplicas.

»Fuí su querida.

»¿Para qué he de mentir cuando voy á morir?

»¡Me creeréis!

»¡Esta ha sido la única falta de mi vida!

»Yo no tenía ninguna mira ambiciosa. ¡Dios me es testigo!

»Pasaron tres meses: tuve algunas de esas horas de dicha que no se olvidan y que me darán fuerzas dentro de algunos momentos, cuando las necesite.

»Me diré que al morir voy á unirme á él, y esta esperanza me sostendrá en el triste paso que me espanta.

»Debo deciros porque muero.

»Vuestro hijo ya no existe.

»No le acuso y sigo queriéndole.

»Pero al huir de la casa de mi madre para ocultar mi vergüenza, me he encontrado sin recursos.

»He tratado de ganar mi vida y la de mi hijo, cobardemente abandonado por aquellos que están en el deber de sostenerle.

»Yo esperaba que, trabajando con ardor ganaría para criarle, sin pedir nada á nadie.

»Es una fatalidad—y yo lo he experimentado—que una joven pobre, á menos de circuns-

tancias particulares, no pueda vivir honradamente de su trabajo.

»Para conservar la única colocación que encontré, me hubiera visto obligada á someterme á exigencias que me repugnan.

»No quise.

»Hicé lo que pude y lo que debía hacer.

»Ese niño quedará solo en el mundo.

»No iré más allá.

»¡Lo lego á mis pobres parientes!

»Acabo de confesárselo todo á mi madre.

»En cuanto á vos, señora condesa, que no habéis tenido un pensamiento generoso para ese hijo de vuestro hijo, para esa criatura de vuestra sangre, que le despreciáis y le rechazáis, ¡os maldigo con todas las fuerzas de mi ser!

»Vuestras durezas fueron la causa del terrible drama ¡en... que encontró la muerte vuestro pobre hijo!

»Ellas son también las que van á causar la mía.

»Tal vez un día seais herida de nuevo en vuestros más queridos afectos.

»¡Quién sabe el castigo que Dios reserva á vuestros odios injustos y á vuestro indomable orgullo!

»¡Su justicia puede tardar, pero llega su hora!

»¡Adiós, señora!

»Que el recuerdo de una desgraciada turbe vuestro sueño, y que mi pálida imagen se una á la de Rolando, á quien amé con tanta sinceridad, para recordaros sin cesar vuestros des-

denes, vuestros rigores y las desgracias que han ocasionado.

»Esta es la última voluntad de una moribunda.

»¡Yo quisiera perdonar, pero no tengo valor para hacerlo!

»TERESA MONTARÓN.»

Metió las dos cartas en sus correspondientes sobres y se puso á hacer su tocado con esmero.

En aquel momento sintió las contracciones del hambre.

No había vuelto á tomar nada desde su modesto desayuno hecho en casa de sus amigos los Krug.

—¡Bah!—dijo hablándose á sí misma.—¡Animo, mi pobre joven; no te queda mucho tiempo que sufrir!

Cuando se decidió á salir eran cerca de las diez.

Estaba elegante como el día en que tan alegre fué á ver á su hijo á Fontaine.

La señora Guignard acechaba su salida.

La portera estaba intrigada: hubiera dado cualquier cosa por saber lo que había pasado la víspera.

Pero Teresa pasó muy de prisa diciendo:

—No puedo detenerme.

—¿Estáis mejor esta mañana?

La joven sonrió tristemente:

—Sí y no—dijo.

Puso las cartas en el primer buzón que encontró en su camino, y ganó muy de prisa los

muelles, como si en efecto hubiese tenido una cita á la que hubiese temido llegar tarde.

Estaba encantadora.

Una cierta animación se esparcía sobre sus fecciones; un ardor de fiebre brillaba en sus ojos.

Los transeuntes se volvían, manifestando la admiración que una mujer joven y guapa produce siempre.

Cuando llegó al puente de los Santos Padres, se paró un momento en medio de él y se puso á mirar cómo corría el agua rompiéndose en los ángulos de los pilares.

En aquel momento había mucha gente alrededor de ella.

Los ómnibus, los coches, la multitud, los chiquillos á caballo en las barandas del puente la espantaban.

Un barco y dos lanchones, remolcados por un vaporcito, llegaban en sentido contrario.

Encima y debajo del puente había un gran movimiento.

Teresa continuó su marcha, feliz tal vez por aquel contratiempo que la daba un momento de respiro.

Volvió hacia la derecha y subió hasta el Punte Real.

Aquello estaba más tranquilo.

La mitad del puente estaba libre, por decirlo así.

Sólo un coche particular, una victoria, tirada por un caballo, llegaba al trote largo por la parte del Depósito de Aguas.

Dos burgueses, un hombre de edad y su mu-

jer miraban el Sena, inclinados sobre el enorme parapeto de piedra.

Del lado de las Tullerías, pero bastante distantes aún, venían algunos ómnibus.

El momento era propicio.

Teresa no vaciló.

Hizo la señal de la cruz, y sin proferir una exclamación, sin que nadie pudiese sospechar sus intenciones, ni aunque la hubieran observado con atención, se puso á horcajadas sobre el parapeto y se lanzó en el vacío.

La mujer del burgués fué quien lanzó esta exclamación:

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Socorro!...

Teresa no había desaparecido.

Sobrenadaba en medio del agua salpicante, sostenida por sus ropas y arrastrada por la corriente, muy rápida en aquel sitio.

La victoria que llegaba por la parte del Depósito de Aguas se paró.

—¿Qué ocurre?—preguntó el dueño, que iba muellemente recostado.

Era el marqués de Sauves.

—¡Una mujer que se ahoga!—exclamó el burgués.—¡Una joven encantadora!...

El marqués se apeó precipitadamente.

Miró al río y vió á la desesperada en el momento en que iba á desaparecer.

—¡Ella!—exclamó.

El puente, momentos antes desierto, estaba lleno de curiosos. Los ómnibus se paraban; los paseantes se apiñaban sobre el parapeto.

Todos presenciaron un espectáculo conmovedor.

En menos tiempo que el que se necesita para decirlo, se desembarazó el marqués de sus ropas y las echó en el coche, quedando con solo la ropa interior.

Saltó sobre el parapeto, calculó la distancia, y con los brazos tendidos hacia adelante, de un brinco prodigioso se lanzó al Sena.

Fué una sumersión de sensación.

Todos los ojos permanecieron fijos en el agua, que saltó en haz cerrándose en seguida.

El nadador no tardó en reaparecer, blanco bajo el agua verdosa.

Después se sumergió de nuevo y volvió á la superficie para respirar y desaparecer otra vez.

Cuando se le volvió á ver, ya no estaba solo.

Arrastraba hacia la orilla, del lado del jardín de las Tullerías, un objeto informe, ropas empapadas en agua en medio de las cuales no se distinguía más que una cabeza blanca como la nieve, con los ojos cerrados.

Algunos barqueros remaron vigorosamente para salirle al encuentro.

No los necesitó.

Pronto saltó á la orilla y depositó en el suelo su carga.

En todo el puente sonaron aplausos.

Quinientas voces gritaron: ¡Bravo!

Y, en efecto, era un salvamento hecho con una temeridad nada vulgar.

El cochero de la victoria partió al trote largo, dió vuelta por el muelle y llegó con el coche al sitio donde estaba su amo.

Las gentes que estaban en los barcos saltaron de ellos y le rodearon felicitándole.

Pero él, indiferente á la ovación de que era objeto, no se ocupaba más que de la joven á quien había salvado.

La asfixia no había hecho más que comenzar.

La casualidad había hecho que el marqués de Sauves llegase á tiempo de acudir de nuevo en auxilio de su protegida de los bosques de Fontaine.

Teresa no tardó en abrir los ojos.

Al ver al marqués á su lado le dirigió una encantadora, pero triste sonrisa.

—Pasaba—la dijo él alegremente—os conocí en seguida y no vacilé un momento

De pronto se fijó en que estaba desnudo y se vistió á la carrera, colocó á Teresa que estaba chorreando, en la victoria diciéndola:

—¡Ya lo sabeis!... ¡No os vuelvo á dejar!... No sea que vayais á hacer otra tontería.

Y colocándose á su lado dijo al cochero:

—¡Al hotel... á escape!

Teresa apenas se daba cuenta de lo que la pasaba.

El marqués la dijo al oído:

—Cuando yo me convenza de que habeis desechado esas ideas es devolveré la libertad, antes no.

Teresa no contestó.

¿Le oía siquiera?

Estaba aturdida.

La victoria no tardó en llegar á la calle de Anjou.

Á las doce estaba acostada Teresa en una magnífica habitación del hotel de Suves.

Y el médico, llamado por el marqués, salía de aquella habitación diciendo:

—Volveré dentro de dos ó tres horas. La conmoción ha sido fuerte...

No parecía satisfecho.

Este doctor era un viejo amigo de la casa.

Había conocido al marqués desde que este era muy niño y le trataba como á un sobrino ó á un nieto.

Cuando estuvieron fuera de la habitación dijo á de Sauves:

—Tu no puedes tener á esta joven en tu casa.

—¿Por qué?

—¡Un joven que pretende casarse!

—¡Bah!

—¡Una desconocida!

El marqués se encogió de hombros.

—¿Tengo que dar yo cuenta á nadie de mis actos?

—¿Y los Corbiere?

—¡Oh! los Corbiere.

peEn el tono del marqués había una profunda sadumbre.

Desde su última entrevista con Fernanda presentia que su casamiento no se verificaría, y esto le desconcertaba.

Todo en Fernanda la agradaba; pero entre ellos debía haber un obstáculo, alguna barrera desconocida, y este misterio le irritaba.

De otro modo, ¿por qué tanta resistencia?

—Y además—añadió el médico—temo complicaciones.

—¿Cuáles?

—Esta joven ha tenido grandes penas para decidirse á tan triste fin... Temo una fiebre cerebral.

—Razon de más para no abandonarla. Si no, ¿á qué haberla salvado?

—Habría un medio de conciliar todo.

—¿Y sería?...

—Trasladarla á una casa vecina... Tú la arreglarías allí una habitación.

—Y las apariencias quedarán salvadas... ¿No es eso lo que queréis decir, doctor?

—Sin duda...

—Pero querido amigo, me suponéis intenciones que no tengo en absoluto... Yo no conocía á esta joven... Solo que, por un capricho de la suerte, esta es la segunda vez que me encuentro en su camino con mucha oportunidad...

—Comprendo—dijo el doctor;—pero es terriblemente hermosa y se hablaría de ello... Si tienes interés en protegerla, ¿por qué no hacer lo que te digo?

El marqués se sonrió.

—Es que me gusta verla aquí, en su cama. ¡Está tan bien!

Al cabo de cinco minutos había vencido el médico la resistencia de su amigo.

—Tú sabes que yo no te he dado jamás más que buenos consejos—le decía.—¡Créeme una vez más!

Aquella misma noche amuebló un tapicero una habitación perfectamente aireada y con una sencillez elegante, en el piso tercero de una casa muy próxima al hotel del marqués.

Las ventanas de aquella habitación daban al jardín del hotel de Sauves.

Teresa fué trasportada sin que se diera cuenta de ello.

En aquel momento no sabía lo que la pasaba.

El pronóstico del viejo doctor se realizaba.

La desgraciada criatura deliraba, presa de un principio de fiebre cerebral.

El marqués había confiado el cuidado de la enferma á una persona de toda confianza.

Esta era una antigua doncella de su madre, al servicio de los de Sauves desde hacía más de treinta años, y que se hubiera dejado despedazar por su amo.

A cosa de las diez, el marqués conferenciaba, á la cabecera de la cama de Teresa, con su amigo el médico.

—Y bien—le preguntó—¿qué me decis de la enferma?

—Que esto es grave y será largo.

—¿Pero saldrá?

—Tal vez.

—Doctor—dijo el marqués—si vos no la salvais, la salvaré yo por tercera vez.

—¿La amas?—preguntó el doctor mirándole con fijeza.

—Yo—dijo el marqués sorprendido—ni sé siquiera cómo se llama.

¡Esto era verdad!

El doctor le tocó en la frente:

—¡Vamos, aquí hay un poquito de locura!

—dijo.

—¡Ah! querido—replicó Sauves—si no exis-

tieran gentes más locas que yo, no se necesitarían médicos alienistas; pero hay acontecimientos singulares y que se encadenan no se sabe como.

Entonces contó al doctor su encuentro con la desconocida.

Como la había encontrado en los bosques de Fontaine, yendo de este pueblo á Rambouillet para tomar el tren, en el momento en que un guarda la insultaba y amenazaba ir más allá.

Y esto no era invención.

El cochero había visto perfectamente al guarda echarla al suelo é internarse después en el bosque para huir, espantado por la llegada del coche.

Después, aquella especie de milagro que le había conducido aquella mañana de la calle de Santa-Dominica á donde había ido en busca de noticias sobre los de Corbière, al Puente-Real, justamente en el momento en que ella acababa de arrojar al río: como la había salvado, la emoción que había experimentado al tenerla en sus brazos y el interés apasionado que le inspiraba aquella joven de quien ignoraba todo, hasta el nombre.

Ni aun había pensado en preguntarsele.

Y concluyó diciendo:

—Azar puro, amigo mío, azar y nada más; ¡pero vos comprenderéis que no puedo dejar abandonada á una pobre criatura que veo tan desgraciada, que es encantadora, que he salvado ya dos veces y que me parece profundamente desesperada! Me parece que faltaría á mis deberes... ¿Además que me costará esto?

El doctor reflexionó.

—¿De modo que no conoces su historia?

—Nada absolutamente.

—¿Su nombre?

—Ni aun eso. No se si se llama Adela, Julia ó Luisa. ¡Nada! ¡Ah! si... Se que tiene un hijo en casa de una nodriza en Fontaine. Ella me lo ha confesado con sencillez.

El médico murmuró entre dientes:

—Es raro, sumamente raro.

Y luego añadió en voz alta:

—Entonces, querido, se te puede decir todo... Pues bien lo que ya no sabes, no podrás saberlo por ella sin duda.

—¿Estará en peligro?

—En el mayor peligro. Dentro de pocas horas, tal vez haya muerto.

—¿Una meningitis?

—No se aún... pero los síntomas son de los más amenazadores.

—¡Querido doctor, haced todo lo que podáis!

—Estate tranquilo.

No se había equivocado el buen doctor. La enfermedad se presentó, durante la noche, con la mayor violencia.

La enferma, presa del delirio, no podía decir quién era, de dónde venía y la causa de su desesperada determinación.

Pero en las divagaciones de aquel pobre cerebro enfermo, el marqués, que no se separaba de su cabecera, podía coger á cada instante estas palabras, que con frecuencia venían á los labios de la enferma:

—¡La Boca del Lobo... mi madre... mi hijo... Rolando!

Y de pronto, en una crisis, se incorporó jadeante, con los ojos extraviados, gritando:

—¡Sí; maldita seáis vos!..

Y un nombre que el marqués no oyó se detuvo en su garganta.

XIII

El aire del país.

Aquel mismo día, á cosa de las siete y media de la tarde, un viajero, vestido como un simple obrero en día de fiesta, sin pretensiones, con una blusa limpia y cómoda, de buena tela, con buen calzado, un sombrero bien colocado sobre sus espesos cabellos, la barba cortada á la americana, un fuerte garrote con correa de cuero á la mano, tomó el tren en la estación de Lyon, después de haberse provisto de un billete de segunda para Blois.

Su cara, de facciones acentuadas, de color tostado, enérgica y franca, respiraba buen humor y contento.

Este viajero era Juan Montarón.

Hasta Blois no había nada que temer.

Los amigos del antiguo cazador furtivo hubieran podido en rigor reconocerle, á pesar de la diferencia que imprime en una fisonomía el corte de barba; pero hubiera ciertamente dudado del parecido á causa de sus maneras, que ya no eran las mismas.

Los viajes le habían formado.

Sus dos ó tres meses de vida común con el vizconde de Fleuse y á su vuelta de Australia con el respetable Turner, y también la misma instrucción superficial del hombre que ha vivido mucho, le habían metamorfoseado en poco tiempo.

Al apearse en Blois para tomar el tren de